

Cinco autorretratos y un ensayo: mujer, trabajo y familia en Río Blanco (1890-1950)

Gerardo Necochea

“**T**rabajo, siempre trabajo. ¿Jugar? ¿Visitar? ¡No había tiempo!” Así resume Blandina Terrazas sus más de ochenta años de vida. Tan contundente afirmación no puede más que abrirnos multitud de preguntas. Un ensayo reciente plantea algunas de ellas; preguntas sobre la vida cotidiana, sobre la distribución del tiempo y los tipos de trabajo, y sobre la experiencia diversa de campesinas, artesanas, obreras, profesionistas y aristócratas.¹ Pocos han sido los intentos por desentrañar estas interrogantes. El presente ensayo se suma a esta búsqueda. Cuando tengamos respuestas, descubriremos el profundo significado de las de Blandina.

Este ensayo habla de mujer, trabajo y familia. No pretende abordar la complejidad total de la problemática femenina ni pretende abordar la experiencia de todas las mujeres. Hablamos de mujeres de la clase obrera en una sola comunidad: Río Blanco, Veracruz, en el valle de Orizaba, famoso por sus fábricas textiles y sus luchas obreras. La lectura del ensayo dará a entender por qué nos centramos en mujer, trabajo y familia. El por qué enfocamos sólo a mujeres de la clase obrera obedece a dos razones: primera, la consabida limitación de tiempo y espacio; segunda, que nos parece importante diferenciar con-

ductas y hábitos entre mujeres pertenecientes a distintas clases sociales. Si bien todas sufren la opresión sexista, su historia no ha sido la de meros recipientes pasivos de ella. Las mujeres de la clase obrera, a lo largo de su experiencia han organizado su vida y sus relaciones en forma activa y diferente a la de mujeres de otras clases y épocas. No todas pueden hablar, como Blandina, de una vida de trabajo y más trabajo.

La principal fuente de este ensayo son cinco autorretratos, elaborados por participantes en el Taller de Historia Local, en Río Blanco. Entre los meses de abril y septiembre de 1983, llevamos a cabo un proyecto, cuyo objetivo era una historia oral recabada por las personas de la comunidad. Los autorretratos fueron un ejercicio, en el que se respondió a la indicación de contar las cosas que las participantes consideran importantes de su vida. Aunque los textos no aparecen completos, es poco lo que se omite; todos, excepto uno, tienen alrededor de dos cuartillas de largo.

Analizar estos autorretratos nos permite hablar de un tiempo determinado por crisis y fases en la vida de cada mujer. Después de este análisis —o, como diría Clifford Geerts, “descripción gruesa”— introducimos la perspectiva histórica

que nos da el comparar los ciclos de vida entre generaciones. Esta comparación muestra cambios en los cuales el trabajo femenino juega un papel principal.

El tiempo generacional e individual definen un tiempo familiar y una historicidad tanto en la estructura como en las relaciones familiares. El estudio de caso, parafraseando a Geertz, desmenuza particularidades para profundizar en procesos generales. Entre los años de 1890 y 1950, una economía familiar que es unidad de producción y reproducción se transforma en una economía familiar salarial.² Estos dos tipos de familia fueron, en su debido momento, elemento importante en la conformación de una clase obrera en México.

Si bien trataremos sobre sus similitudes, sus autorretratos no son iguales.³ La primera y más obvia diferencia está en la experiencia, que es particular para cada una de ellas. La especificidad de lo que vivieron y su manera de entenderlo se puede atribuir en parte a su edad.

Nací en Río Blanco, Veracruz, en el año de 1912 (Ernestina). Nació en Río Blanco, Veracruz, el 25 de enero de 1929 (Lourdes). Nació el 24 de enero de 1933 (Osbelia). Nací el día 29 de septiembre de 1937, en la casa ubicada en Poniente 6, número 37, de esta ciudad de Río Blanco, entonces villa (Gudelia). Nací en Orizaba, Veracruz, el 14 de enero de 1949 (Yolanda).

Las fechas nos muestran a generaciones diferentes. Ernestina se cuenta entre aquellos cuyos padres emigraron de Puebla, Tlaxcala y Oaxaca principalmente. Entre las otras, en cambio, al menos uno de sus progenitores era originario del valle de Orizaba.

Fueron mis padres Ladislao Ramírez Sánchez, originario de Puebla, Puebla y Altigracia Romero Herrera, de Tlaxcala, Tlaxcala (Ernestina). Mi padre nació en Orizaba, mi madre en Río Blanco (Gudelia). Mi papá José María Cabrera Pérez y mi mamá Blandina Terra-

zas. El primero originario de Puebla y la segunda originaria de Río Blanco, Veracruz (Lourdes).

De las circunstancias que las acercan, la primera en la memoria, es la vida escolar. Todas ellas terminaron los seis años de primaria y algunas continuaron estudiando una carrera.

Mis primeros recuerdos son cuando tenía cuatro años, nos dirigiámos mamá y yo a la estación de ferrocarril. Poco antes de llegar ahí, mi atención se quedó en unos niños del kinder que formados iban dirigidos por la maestra hacia el interior del salón de clases. Sin pensarlo yo, me formé al último niño y entré también con ellos al salón (Lourdes). Mis recuerdos se remontan hacia el año de 1941, cuando a la edad de cuatro años ingresé al kinder "Gonzalo Vázquez Vela" (Gudelia). Estuve dos años en el jardín de niños "Gonzalo Vázquez Vela", después un año en una escolita particular en donde aprendí a leer y escribir, después pasé a la escuela primaria "Josefa Ortiz de Domínguez" de esta ciudad, la secundaria la hice en Orizaba, después hice un año de enfermería pero por ser algo nerviosa no pude seguir. Asistí a una academia y me recibí de Secretaria Corresponsal (Osbelia).

Pocas de la primera generación, en cambio, llegaron más allá del cuarto año. Ernestina perteneció a esta minoría.

Mi educación la recibí en la escuela "Josefa Ortiz de Domínguez" y fui de la primera generación que salió con primaria superior.

En su relato nos explica que, anterior a su graduación, las escuelas contaban con sólo cuatro años.

Otro aspecto de la vida escolar que se desprende de los relatos es la relación con la maestra. Se hace alusión a una relación fuerte, menos evidente según la edad de la autora.

De mis maestras conservo un grato recuerdo y gratitud, pues siempre las admiré por su educación, dedicación y amor hacia nosotras alumnas; aún vive la que fue mi maestra de segundo año. . . (Ernestina).

Así nos dice la mayor de estas autoras, en

cambio Yolanda, la más joven, ni siquiera menciona a sus maestras.

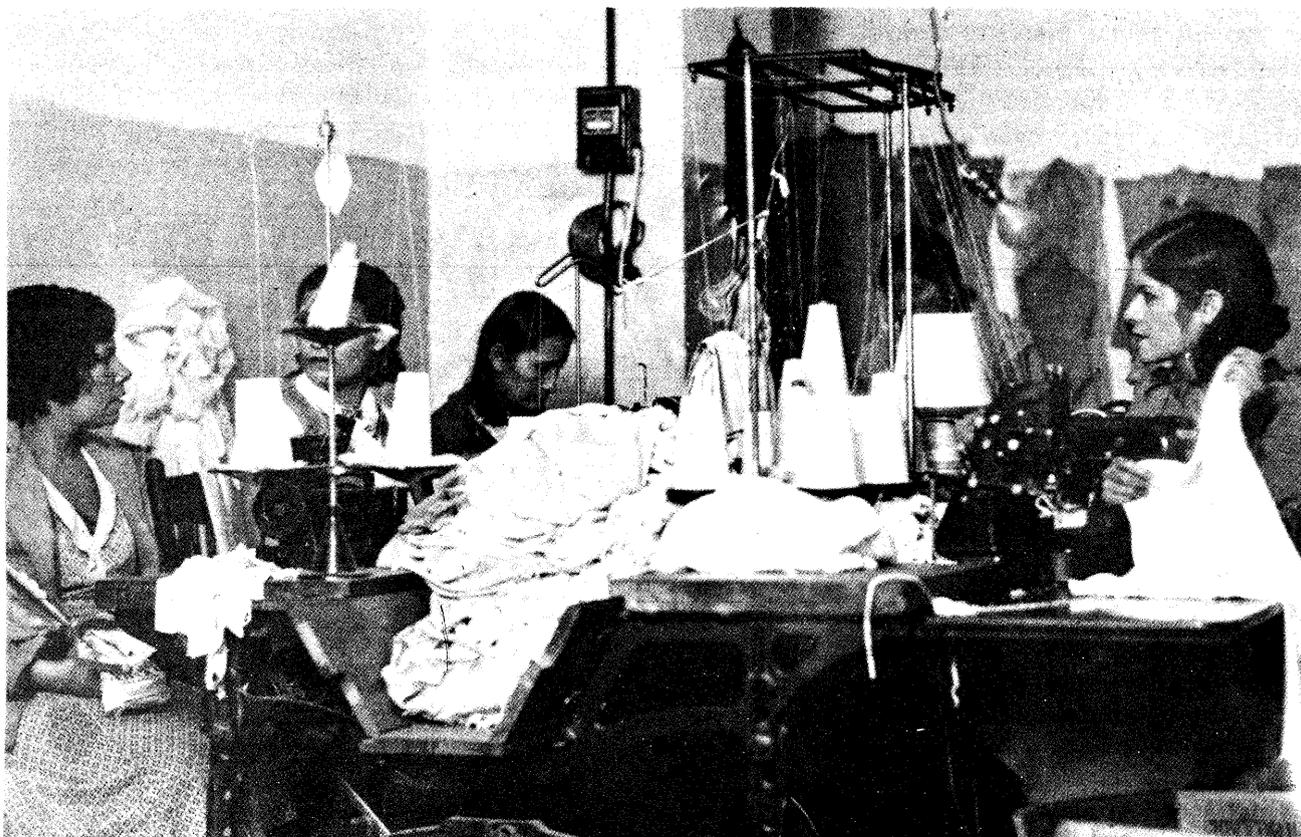
La generación de Ernestina depositó gran parte de su afecto infantil en sus maestras. La maestra aparece en sus recuerdos como figura de autoridad pero no de poder. Sus consejos, en situaciones específicas, podían determinar el rumbo de la vida de las niñas.

Cuando yo terminé el cuarto año me otorgaron un certificado y me dijeron que si quería hasta ahí podían quedar mis estudios. Pero la maestra Lolita Rodríguez, que era directora de la escuela "Josefa O. de Domínguez", nos aconseja a las alumnas de dicho plantel que termináramos la primaria con sus seis años completos. Yo seguí el quinto y luego el sexto año y nuevamente me dieron otro certificado por terminar la primaria (Lourdes).

La repetición de estos sentimientos en los otros relatos, con una excepción, nos habla de una escuela que no era fría ni impersonal. Al contrario, la figura de la maestra semeja a la de la madre. La excepción, Yolanda, es significativa porque sugiere la burocratización de la institución escolar donde la maestra es figura de poder.

La vida en familia aparece junto a los recuerdos escolares. La estructura familiar es nuclear, aunque en ocasiones la unidad doméstica incluyera a alguna otra persona, como un abuelo o abuela.

La primera vez que recuerdo a papá fue cuando ese año en el kinder en un festival bailamos en el teatro, con niños y niñas, Cuando iba entrando en formación con los niños al teatro Nicolás Bravo, vi la cara sonriente de un señor y me quedé mirándole como que



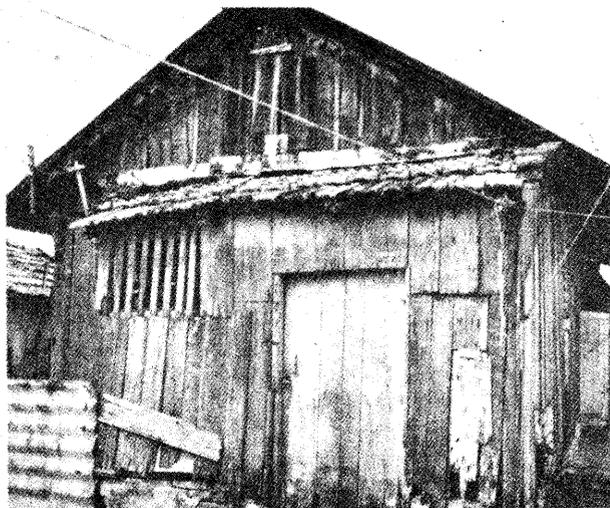
El trabajo de las mujeres en los talleres de costura era insustituible. (Fototeca INAH).

riendo conocerlo. Entonces ese señor me hizo una señal con su cabeza y yo me dije, es papá. Para mí fue como si por primera vez lo viera y sin embargo parecía lo conocía de mucho tiempo (Lourdes). Me gustaba mucho esperar a mi papá cuando salía del trabajo, en la esquina de la casa. Me cargaba y me hacía caricias con la barba. Cuando llovía lo iba a esperar al parque "7 de enero", con su gabardina y su paraguas (Gudelia). Mi madre murió cuando tenía yo once años y mi padre ya estando yo casada. Cuando murió mi madre lo sentí mucho, afortunadamente ya para entonces tenía yo un hermano casado y mi cuñada fue muy buena conmigo. Me quería mucho y me ayudó a sobrellevar mi pena (Osbelia). Mi padre falleció cuando tenía siete años y mi madre vive todavía. Ella trabaja y con su ejemplo y modo de enfrentarse a la vida me ha dado un camino a seguir, ya que ella luchó mucho y sigue luchando por defender su hogar y ayudarnos a mis hermanos y a mí a hacer una causa (Yolanda).

Las relaciones afectivas dentro de la familia son fuertes y definidas. La afectividad tiene un importante componente de respeto y obediencia hacia los padres. Se evidencia en la actitud hacia las obligaciones familiares. Estas, dada su condición de mujeres, limitaron en ocasiones su desarrollo individual. Sin embargo parecen haberlas acatado con un mínimo de conflicto.

En ese año, los alumnos del cuarto año, promovieron la sindicalización de los maestros, y ayudados por el gremio de panaderos y textiles de San Bruno (Xalapa), le declararon al gobierno una huelga de maestros. Fuimos comprometidos todos los estudiantes (de la Escuela Normal), en especial los que teníamos pensión, a apoyar esta huelga no asistiendo a clases, por su parte el gobierno nos conminó a los becados a no secundar el movimiento bajo pena de que de hacerlo perderíamos nuestras becas. Pero fueron más fuertes los lazos de compañerismo, que desafiando esta orden del gobierno, secundamos la huelga. Por medio de un Grande Manifiesto se hizo saber al gobierno nuestro apoyo a los maestros, en dicho manifiesto aparecían nuestros nombres. La huelga triunfó, los maestros comenzaron a sindicalizarse. . . y la amenaza del gobierno no se cumplió, el descontento del pueblo fue en

aumento contra el gobernador, hasta que por fin fue depuesto. Mi madre y hermano, enterados de todos estos sucesos determinaron que no siguiera la carrera de maestra. En México se produjo el levantamiento del general Gómez al que se unió el general Serrano, y por Perote hubo levantamientos; ante la situación de angustia que vivía Jalapa, el director dispuso que las alumnas de fuera regresáramos a nuestro lugar de origen hasta en tanto se produjera la calma. . . Por esta causa regresé a Río Blanco y aunque después fui avisada por la dirección de que las clases se reanudaban, mi madre y hermano no quisieron que regresara, ni yo insistí porque me consideraba incapaz de llegar a ser una buena maestra, como lo habían sido las mías (Ernestina). Al terminar la primaria yo quería estudiar secundaria para después seguir la carrera de química, pero desgraciadamente no recibí apoyo de mi familia, quizá porque mi padre empezó a estar enfermo, y aunque ya dos de mis hermanas trabajaban, no pudieron sostenerme esa carrera. Entonces me inscribieron en Orizaba en la escuela "José Ma. Vilaseca", particular, de monjas, para estudiar la carrera de comercio (Gudelia). Y volví a regresar con mis hijos para Río Blanco, por ayudar a mamá que se encontraba sola y con problemas, ya que pretendían despojarla de la casa que ella habitaba y ahí la había dejado papá al fallecer (Lourdes).



Viviendas y lavaderos colectivos del barrio de La Huaca, Veracruz, donde habitan los trabajadores de los muelles desde principios de siglo. (Del libro *Obreros somos...*).

Estas mujeres, cuando niñas y adolescentes, subordinaron sus deseos a los de sus padres y hermanos. Su interés individual formaba parte y tenía que estar en armonía con los intereses y necesidades familiares.

Relaciones fuera de la familia dejaron menor huella, aunque tienen sus lugares y momentos específicos. Hay, por ejemplo, compañerismo en la escuela y en las actividades organizadas por ésta.

Para mí el sexto año fue el más alegre y hasta mis días recuerdo a todas y cada una de mis amigas. Todavía cuando tengo oportunidad nos saludamos con cariño (Lourdes). Recuerdo que cuando íbamos a salir en algún bailable, las maestras nos llevaban todos los días a ensayar en el teatro. . . En la primaria practiqué varios deportes: carreras, soft ball, basket ball, voli ball. Aunque no destacaba mucho, me gustaba participar (Gudelia).

También crearon vínculos de compañerismo a través de otras instituciones.

A los diez años, más o menos, pertencí a una congregación católica de niñas. El "local" como le llamábamos estaba ubicado por el parque Centenario. Cuando tenía once o doce años, me gustaba ir a las "kermesses" que organizaban asociaciones católicas (Gudelia).

Aun cuando el espacio de las relaciones familiares predominaba, la vida de estas niñas era variada. El compañerismo, aprendido en esta edad, podía tocarse en acciones solidarias importantes, como cuando Doña Ernestina decidió sumarse a la huelga del magisterio.

No se hace mención, en cambio, de tíos, tías, primos o primas de manera específica.

Todavía me acuerdo cuando íbamos al campo a las compuertas a Ixtac o Sumidero. La familia invitaba a sus amistades y estos a sus familiares. Se hacían grupos grandes y cada familia llevaba su comida, refrescos y fruta. Algunos sabían tocar guitarra y violín. También se tocaban discos en una vitrola que se le daba cuerda con una manivela (Lourdes).

La omisión es significativa. Podríamos suponer que a la primera generación le faltasen tales relaciones porque no siempre migraban familias completas. Era costumbre, sin embargo, ir a ver a los familiares que quedaron en sus pueblos de origen. Los autorretratos sugieren un debilitamiento en las relaciones de parentesco. En su lugar, como vínculos integrativos a la comunidad, aparecen las relaciones basadas en la homogeneidad social: casi todas son hijas de obreros que conviven con otras hijas de obreros.

Las adolescentes dejan de serlo al entrar a trabajar. Cuatro de ellas trabajaron antes de casarse, comenzando más o menos a la misma edad.

Entré a trabajar al Seguro Social teniendo 17 años (Osbelia). Cuando terminé mis estudios en el colegio Vilaseca, descansé solamente dos o tres meses, o más bien un mes, y mis hermanas me llevaron a practicar con un contador, el señor Rodolfo Buendía, con quien ellas habían trabajado. . . Cuando tenía unos tres meses con el contador, me llamó mi exmaestro de contabilidad, el señor Frangos, para que trabajara en la relojería "Cantú" que tenía poco de haberse inaugurado. Fui de inmediato y me encontré con que estaba trabajando como cajera una compañera de Vilaseca con quien tenía buena amistad. Nos dio mucho gusto a ambas. . . Era el año de 1954 (Gudelia). . . Cursé primaria en la Leona Vicario de Orizaba. De ahí entré a trabajar, ya que los recursos económicos de mi hogar eran escasos; a los 15 años entré a la secundaria nocturna para trabajadores Centro de Educación de Oaxaca (Yolanda).

Al parecer, de no haber una necesidad económica imperativa las mujeres comenzaban su vida de asalariadas al final de su segunda década.

La vida laboral se interrumpe para casi todas con el matrimonio y los hijos. Su edad al casarse también revela cierta uniformidad.

Cuando tenía 19 años conocí a mi esposo y cuando cumplí los 23 nos casamos (Lourdes). A los 18 conocí al que hoy es mi esposo, nos casamos seis años después (Osbelia). Cursé dos años (de enfermería) y como conocí a mi esposo en prepa, murió su mamá

y nos casamos (Yolanda). . . Entonces ya era novia del que hoy es mi esposo, y fijamos la fecha para casarnos, pero yo no quería dejar a mi madre. Esperamos un tiempo, y fue cuando ella falleció. Esperamos otro año, y nos casamos el 30 de septiembre de 1967, o sea un día antes de cumplir yo treinta años (Gudelia).

Comúnmente el primer hijo nació al año de casados. Tuvieron un promedio de cuatro hijos, con intervalos de uno y medio a dos años. Por tanto, la parte de su vida dedicada a la maternidad osciló entre los veinticinco y los cincuenta años de edad.

Al casarse y ser madres, no abandonaron la actividad laboral por completo, aunque sí cambió el carácter de esta actividad.

A los 29 años ya tenía a tres de mis hijos todos pequeños y esperaba el cuarto pero nació muerto. A los quince días de este suceso, estando todavía incapacitada, me mandan llamar de mi trabajo, me encuentro con otras veinte o veinticinco personas compañeras de trabajo de las oficinas de la caja regional del Seguro Social, para informarnos que vamos a salir indemnizadas por reducción de personal y nos entregan los cheques con la cantidad que obtuvimos. Se me hizo duro este cambio pero ya no quise conseguir otro trabajo. Me dediqué a estar con mis hijos en la edad que más me necesitaban. Al poco tiempo quise ganarme unos centavos vendiendo ropa pero no tuve carácter para andar cobrando, preferí perder el dinero que me debían. Después me dediqué a hacer gelatinas y así por varios años ayudé a mi esposo con los gastos de nuestros hijos (Osbelia). Nuevamente empezamos mi esposo y yo a batallar. El con su trabajo y yo en la casa con mis hijos para mandarlos a la escuela y a tratar de ganar yo también algún dinero para que alcanzara el gasto. Vendíamos calzado y ropa hecha, también vendía productos de tocador (Lourdes).

Durante este lapso, las mujeres trabajaron irregularmente, dedicando su ingreso a complementar lo necesario para el gasto y necesidades extras. Por otro lado, la posibilidad de regresar a una vida laboral plena no estaba descartada.

Tardé diez años sin trabajar, y casi encerrada en mi casa, cuidando a los niños. Cambió totalmente mi carácter. Me volví hosca, huraña y siempre estaba preocupada. Cuando mi esposo salía de viaje, hacía un drama. Entonces, un día en 1977, me avisó mi hermana que le había llamado mi exjefe para que volviera a trabajar pues no encontraban secretaria. Mis hijos tenían entonces 8, 6, 4 y 2 años. Hablé con mi esposo y consintió en que trabajara nuevamente. Esto alivió un poco la situación económica y al mismo tiempo me ayudó a recuperarme. Mis jefes me recibieron muy bien, y en poco tiempo volví a ponerme al tanto del trabajo (Gudelia). Tuve dos hijos y cuando ya sabían comer por sí solos y avisar de ir al baño, fue cuando con el apoyo de mi esposo, después de dialogar con él mucho, ya que una inquietud bullía dentro de mí, como una frustración, como un algo que me decía mi rebeldía a ser una mujer opacada por la sociedad, a seguir un círculo vicioso en el cual cae la mujer del trabajador, del proletario, que tiene problemas y no sabe a veces cómo darles solución, fue por esto que hablando con mi esposo me dio la oportunidad de seguir estudiando y terminé mi carrera corta de enfermera general; claro que me costó muchas privaciones y sacrificios de mi familia, o sea a todos; ya que cuando quiere uno superarse, cuesta trabajo y sacrificios, pero vale la pena. Entré a trabajar y vi y supe que esa frustración ya la había superado, que me sentía más segura. . . (Yolanda).

Es decir, la formación de una familia y la contribución a la economía familiar no se excluyen. Al contrario, ambas forman parte de un continuo en las actividades de estas mujeres.

Los trabajos que se mencionan nos hablan de un mercado de trabajo femenino limitado y segmentado. Las mujeres eran maestras, secretarias, enfermeras o vendedoras. Algunas sin embargo, sugieren que en su época estudiantil se comenzaban a abrir otras posibilidades. Gudelia, recordemos, quería estudiar para química y Yolanda

trabajando y estudiando también hice mi preparatoria en la ESBO. Al terminar tenía planeado seguir estudiando medicina, para esto mi madre me dijo que ella con su trabajo me ayudaría y fui a presentar examen a Puebla y paré con unas amistades, pero se atravesó

una huelga estudiantil que duró tres meses por la agresión y muerte que sufrieron unos estudiantes; para esto, mi mamá me dijo que presentara antes de irme examen en enfermería y como me mandaron regresar-me de Puebla, porque no se definía el paro, regresé y entré en enfermería.

Esto nos habla de sus deseos pero también de un mercado de trabajo que, aunque, continúa segmentado, se fue ampliando.

Los autorretratos aluden al trabajo doméstico en particular al cuidado de los hijos, pero no se detienen en él. Sabemos, sin embargo, que ellas pasan varias horas del día en esta tarea y así lo han hecho desde pequeñas.

Cuando yo salía a vender, mamá guisaba. Si regresaba temprano, limpiaba y lavaba, cosía y arreglaba la ropa, en fin, todas las labores del hogar (Lourdes). De aquellos tiempos recuerdo también una costumbre muy peculiar que había entre los habitantes de Río Blanco. Tal vez por la falta de agua dentro de las casas, se estableció hacer limpieza general un día a la semana. Este día era sábado, y no había casa en que no se realizara. Recuerdo que mis hermanas mayores lavaban todo: pisos, sillas, mesas, puertas, ventanas, etc., y al final, baño para todos. Había instalados en las esquinas de las calles (no en todas) unos hidrantes de agua potable (todos los llamábamos "el chorro"). De ahí se acarrea el agua para las casas, y se iban llenando barriles o tinacos que no faltaban en ninguna casa. Las muchachas acostumbraban acarrear el agua por las noches, para "echar novio", mientras los más chicos cuidábamos que no las vieran los papás (Gudelia).

La omisión también en este caso es reveladora. Nuestras autoras recuerdan su actividad doméstica, pero en el espacio que le dedican en sus relatos no la sitúan a la par del trabajo asalariado.

A través de sus autobiografías, las autoras nos describen un ciclo de vida.⁴ Durante la niñez, primera fase de este ciclo, ocurren las dos primeras crisis vivenciales, la entrada a la escuela y el desempeño de un trabajo doméstico (aunque a veces asalariado). El alargamiento de la vida

escolar prolongó también esta etapa de desarrollo, hasta desembocar suavemente en la adolescencia. Esta segunda fase no difería en mucho de la niñez, excepto por la mayor participación en eventos no familiares que se desarrollan fuera del hogar. Durante la tercera fase del ciclo, la juventud, atravesaron por otras dos crisis. En primer lugar, entraron al mundo del trabajo asalariado y, por tanto, compartieron la responsabilidad de mantener a la familia. En segundo lugar, las relaciones extrafamiliares condujeron a noviazgos y matrimonios, que a su vez franquearon el paso a la siguiente fase. Así, el paso de la infancia a la madurez fue suavizado mediante estas dos fases intermedias. Llegaron, como mujeres maduras, a la última crisis de la cual nos hablan: los hijos y, en ocasiones, la vuelta al trabajo. No sabemos, finalmente, nada al respecto de la fase de la vejez. Más adelante veremos como este ciclo de vida, con sus fases de desarrollo y crisis vivenciales, difiere de la experiencia vivida por otras generaciones.

Las autoras en sus autobiografías describen también diferentes tipos de labor desempeñada en el transcurso de sus vidas. En su juventud trabajaron por un salario, mientras que en su niñez y adolescencia se dedicaron a quehaceres domésticos y a la escuela. En su madurez combinaron ambas labores. En tanto nos interesa el trabajo de las mujeres, tenemos que tomar en cuenta estas diferencias en el ciclo de vida.

Cuando hablamos de trabajo, por convención nos referimos al trabajo asalariado, distinguiéndolo de lo que hemos llamado actividades o trabajo doméstico.⁵ En realidad, hablando de mujeres, no siempre es posible establecer una clara separación entre trabajo productivo y trabajo reproductivo. En el ciclo de vida descrito, la separación es clara en la juventud. Las labores domésticas recaen sobre la madre, las hermanas menores, y la abuela, si vive en la misma casa. A excepción de este momento, uno y otro tipo de trabajo se confunden. Pero este momento de clara distinción parece ser de suma importancia en su

conciencia. No siempre y de igual manera, pero en general el trabajo asalariado de la mujer obrera es un complemento del salario familiar, mientras que el trabajo doméstico pasa a ser primordial y se distingue claramente del trabajo productivo. La concepción que estas mujeres tienen del trabajo en general concede más peso al trabajo productivo.

Hemos tratado los autorretratos con el contexto individual para describir los ciclos de vida y de trabajo. El propósito de historiar estos ciclos nos remite a una comparación con generaciones anteriores. Nuestra primera tarea es situar tanto a la generación ya descrita como a las que le precedieron.

Los primeros pobladores de Río Blanco provenían de otros estados de la república.⁶ En su mayoría eran originarios de México, Tlaxcala y Oaxaca. Por lo general se trataba de individuos jóvenes, entre los quince y los veinticinco años de edad. Podemos por tanto suponer que, si llegaron a Río Blanco en la década de los noventa, nacieron alrededor de los años setentas. A estos inmigrantes los consideramos la primera generación. Entre los años de 1898 y 1912 nació la segunda generación; entre 1928 y 1942, la tercera; entre 1956 y 1972, la cuarta.⁷ Las mujeres de los autorretratos pertenecen a la tercera generación.⁸ ¿Cuáles fueron entonces los ciclos de vida y trabajo y cuál fue la estructura en la primera y segunda generación de mujeres?

Entre las mujeres de la tercera generación existen transiciones claras entre una y otra fase de desarrollo individual. Estas transiciones están marcadas por importantes crisis vivenciales, como sería la entrada al trabajo asalariado y la fase de la juventud o el matrimonio y la madurez. Para las generaciones anteriores, estas transiciones no son tan claras ni dan paso al mismo número o tipo de fases en el ciclo de vida.

Los inmigrantes de Río Blanco salieron en mayor proporción del campo. Es necesario por ello describir brevemente el ciclo de vida de la

mujer campesina.⁹ También en ella la niñez se caracteriza por la participación en labores domésticas. Pero esta niñez es corta, muy pronto comienza a participar en el tipo de trabajo productivo que le corresponde. A diferencia también del ciclo de la tercera generación, no hay un periodo de escolaridad. Su preparación la recibe de sus progenitores y está íntimamente ligada con la labor que se desempeña y seguirá desempeñándose toda la vida. Su incorporación al trabajo productivo no constituye una crisis tajante sino un cambio gradual. La crisis del matrimonio es mucho más importante: asume una nueva unidad doméstica,¹⁰ se incorpora como miembro pleno de la comunidad, y adquiere toda una nueva red de relaciones (la familia del esposo). Así, tanto el número de fases y su definición, como el número y tipo de crisis son distintas.

Las mujeres de la primera y segunda generación guardan semejanza con la mujer campesina. Una corta niñez dio paso a la participación en el trabajo remunerado, aunque hubiera ya un corto periodo de escolaridad (de 3 a 4 años). Pero el trabajo estaba ligado a las labores domésticas y generalmente consistía en ayudar a la madre a cocinar, lavar, coser para los suyos y para sus clientes. Es decir, cuando niñas, estas mujeres eran como "adultas chiquitas", dependientes de la autoridad materna y paterna pero integradas al trabajo bajo la supervisión de sus mayores. La madurez se inicia con el matrimonio, aunque al parecer no hay uniformidad en la edad de casarse. Pueden tener tanto quince como treinta años, lo cual nos habla de la disrupción causada por la migración. El matrimonio las independizó de la autoridad paterna mas no condujo a un rompimiento. Podríamos decir mejor que se iniciaba un nuevo núcleo familiar partícipe de una red de relaciones familiares de apoyo.¹¹

Resalta la diferencia que el trabajo tuvo en el ciclo de vida de la tercera generación con respecto de la primera y segunda. Si bien todas trabajaron, para la tercera generación fue determinante su entrada al mundo del trabajo asalariado. Se

incorporaron durante la década de los años cincuenta siendo aún solteras. Entre mediados de los cincuentas y finales de los sesentas, abandonaron la fuerza de trabajo para dedicarse a sus familias. Su capacidad de ganar un salario pasó a ser reserva familiar, utilizada en momentos de necesidad. Las mujeres trabajadoras de la tercera generación eran jóvenes y solteras, o bien bastante mayores y libres de la responsabilidad de los hijos.¹² En cambio, entre las mujeres de la primera generación, y en menor grado entre las de la segunda, este ciclo no apareció debido a que siempre combinaron trabajo y labores domésticas.

El tipo de trabajo desempeñado también muestra diferencias entre mujeres de la tercera generación y sus madres y abuelas. La transformación durante la industrialización en el porfiriato condujo a cambios en el mercado de trabajo. En algunas áreas la industria textil empleó abundante mano de obra femenina. Curiosamente no fue así en Río Blanco, donde las textileras fueron pocas, concentradas todas en un departamento de la fábrica. Pero las migrantes llegaron con la costumbre de trabajar e ingresaron, sobretodo, al comercio y los servicios.¹³ Eran fonderas,



Viviendas y lavaderos de los estibadores veracruzanos.
(Del libro *Obreros somos...*).

lavanderas, maestras, costureras, es decir, su trabajo asalariado era extensión de sus labores domésticas. (Habría que investigar hasta que punto otras actividades de carácter productivo, como el trabajo a domicilio, absorbieron mano de obra femenina). La familia de estas dos primeras generaciones mantuvo continuidad con la familia campesina a este respecto: la unidad doméstica siguió siendo el ámbito de trabajo de la mujer.¹⁴

El trabajo de las mujeres de la tercera generación difería obviamente del trabajo campesino y del trabajo de la primera y segunda generación. Ellas trabajaron para una institución o para un patrón individual mientras que en generaciones anteriores las mujeres trabajaron supervisadas por sus madres. Aunque hay continuidad en el hecho de que su trabajo se ubique en los sectores terciarios, estos sectores se han modificado. Su expansión en las décadas de los años veintes y treinta crearon un mercado de trabajo para las mujeres que ya no era meramente una extensión de labores domésticas. En estos dos aspectos hay una clara ruptura con la tradición de trabajo femenino que pasa de la sociedad campesina a la sociedad urbana industrial.

En base a estos datos podemos esbozar una periodización para el trabajo femenino. Anterior a la industrialización porfiriana, las mujeres trabajan dentro de la unidad doméstica de producción y reproducción. Entre 1890 y los años treinta, generalmente se autoemplean en labores que no demarcan límites entre trabajo y labor doméstica. A partir de los cuarentas, y más claramente en los cincuentas, trabajan como empleadas en los sectores de servicios y comercio. Importante cambio éste —ubicable en el segundo tercio del siglo XX— que resulta en la diferenciación marcada de trabajo productivo y trabajo reproductivo y la nueva tendencia a que las mujeres empleen más años de su vida en labores reproductivas.

Las estructuras y las relaciones familiares son también diferentes entre las generaciones. En la sociedad campesina, la unidad doméstica la cons-

tituye la familia extensa que, en ciertos casos, inclusive comparte el lugar de residencia.¹⁵ A la familia extensa la complementa una amplia red de parentesco, a través de la cual se estructuran las relaciones sociales. Los inmigrantes que arribaron a Río Blanco no recrearon estos patrones de familia extensa y coresidencia. Las relaciones de parentesco, en cambio, fueron esenciales en su proceso de migración, en la manera en que se incorporaron al trabajo, y en la forma de organizar su comunidad y sus relaciones cotidianas.¹⁶ En las generaciones siguientes las relaciones de parentesco no desaparecieron, pero sí perdieron peso respecto de otras relaciones surgidas de la homogeneidad de su condición social. En la tercera generación, las mujeres pertenecen a familias nucleares y se relacionan a través de la escuela, de la participación en actividades institucionales y del trabajo.

El papel de la mujer dentro de las relaciones familiares se ha transformado en la tercera generación. En primer lugar, como ya hemos visto, no había separación tajante entre trabajo productivo y reproductivo en la primera y segunda generación. Ello implica que, como en el caso de la sociedad campesina, los hombres participan en las decisiones concernientes a asuntos familiares mientras que las mujeres prolongan su rol del ámbito doméstico hacia el público.¹⁷ En segundo lugar, no había gran diferencia en su función cuando hija y cuando esposa-madre.

El papel de la mujer en la familia de la tercera generación es diferente. Como hija, ayudó en las labores domésticas. Pero también fue recipiente de una inversión familiar en su educación. Llegado el momento de complementar el salario familiar, su educación le facilitó entrar al mercado de trabajo y posibilitó un mejor salario. Sus ingresos le dieron independencia creando potencialmente un conflicto con la autoridad paterna y materna. De aquí la importancia de los fuertes lazos afectivos y de la subordinación de los intereses individuales a los familiares. De cualquier modo, esta participación en la economía fami-

liar duró relativamente poco tiempo, hasta el matrimonio y la creación de una nueva unidad doméstica.

Como mujer-esposa, la mujer de la tercera generación se especializó en la administración de los recursos necesarios para la reproducción. Dicha administración derivó su importancia de la recurrente escasez de dichos recursos. Esta función ha requerido del irregular uso de su fuerza de trabajo. También le ha conferido control sobre la socialización de la prole, aun cuando la escuela sustituya parcialmente esta función. Consecuencia de esta especialización fue que la autoridad y poder de decisión sobre los asuntos familiares recayera en ella.¹⁸

En el transcurso de tres generaciones la familia atravesó por importantes cambios. Las décadas de la primera mitad del siglo XX muestran una tendencia hacia la familia nuclear. Dentro de esa familia, se alargan los años de dependencia de los hijos e hijas. El matrimonio adquiere un nuevo sentido, es el punto inicial de una nueva unidad doméstica a la que la mujer da prioridad sobre la unidad doméstica de sus progenitores (aunque su papel de apoyo, principalmente económico, no desaparece). Por último, observamos una tendencia hacia la interiorización de la función de la madre-esposa dentro de esta familia nuclear.

Esta nueva estructura y relación familiar aparece a mediados de siglo. Hay correlación en estos cambios y los periodos y cambios en el trabajo de la mujer. Establecer una posible relación de causalidad requeriría de más y mejores estudios de caso. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los cambios en la familia son menos marcados. La familia nuclear tiende a ser central, pero no lo es completamente mientras las funciones de la hija y la esposa-madre son flexibles. Los cambios en la estructura económica y en el trabajo femenino influyen en las relaciones familiares pero no de manera directa ni automática.

Podemos, no obstante, aventurarnos a hablar de dos tipos de familia y de economía familiar.

Por un lado, hemos hablado de familias que son unidad de producción y reproducción. Tal sería el caso de la familia campesina. Por otro lado, hemos descrito a familias que son unidad de salario y, en este sentido, sólo unidad de reproducción.¹⁹ Una periodización tentativa ubicaría al primer tipo de familia en el periodo anterior a 1890. Con la migración hacia ciudades fabriles entraríamos en un periodo de tránsito entre un tipo y otro. El tercer periodo, el de consolidación de la economía salarial familiar, se habría iniciado a finales de los años treinta.

Hemos desarrollado una visión del tiempo individual y del tiempo generacional entre 1890 y 1950. Con ello intentamos plantear la periodización del tiempo familiar. Ahora nos preguntamos la importancia que esta discusión sobre mujer,

trabajo y familia tiene para el estudio de la clase obrera. No es posible ofrecer una firme respuesta sino más bien señalar un camino: historiar la interrelación entre tiempo familiar y tiempo histórico.²⁰ Ilustraremos aquí un sólo problema de esta interrelación: la periodización de las organizaciones obreras.

El siglo presente podríamos dividirlo en dos periodos. El primero parte del auge industrial del porfiriato y nos lleva hasta los años de la institucionalización revolucionaria (de 1890 a los años treinta). El segundo comienza con un nuevo auge industrial en la década de los cuarenta y termina con la presente crisis económica.²¹ Estos periodos incluyen importantes sucesos de orden político y económico, que no hace falta detallar aquí. Baste decir que la sociedad mexicana de 1950 es otra de la de 1900. Coinciden estos cortes con la periodización sugerida para el trabajo



Hijas de mineros representan una obra de teatro en Angangueo. (Del libro *Obreros somos...*).

femenino y para la estructura familiar. La pregunta central entonces es, cómo los cambios esbozados influyeron y fueron influenciados por los sucesos contenidos en cada periodo.

En forma esquemática podríamos mencionar algunos sucesos y cambios importantes en la historia de la clase obrera. En el periodo de 1890 a los años treinta asistimos a la formación de una clase obrera urbana situada en industrias ligeras o extractivas. En ese casi medio siglo observamos la entrada de campesinos y artesanos a las fábricas.²² Y aunque este proceso seguirá renovándose a través del siglo, irá también formándose un importante núcleo de familias cuyos antecedentes son el trabajo fabril y la vida urbana. El proceso de formación incluye la fundación de organizaciones defensoras de los intereses de los trabajadores. En el valle de Orizaba aparecieron temprano y vivieron confrontaciones importantes desde la vuelta del siglo. Dichas confrontaciones fueron los ladrillos a los que el cemento de las costumbres y tradiciones fue fijando para erigir el edificio de la clase. En este proceso identificamos ciertas fases, que nos llevan de la organización informal a los grupos de resistencia y a los sindicatos. Cada fase coincide con la utilización de nuevos lazos solidarios: redes de parentesco y paisanaje, lazos entre grupos de trabajo y entre obreros de una fábrica, y lazos entre obreros de una industria. El recorrido fue rápido. Ya para los años veinte hubo éxito en la fundación de federaciones de industria y de federaciones regionales y nacionales.

Los autorretratos son evidencia de la formación de una tercera generación de trabajadores en Río Blanco que nació en los treinta. Los padres y abuelos vivieron las transformaciones entre 1890 y 1930. La tercera y siguientes generaciones no conocieron el paso de las "lealtades primordiales" a las lealtades de clase.²³

Transición del campo y la agricultura o de la artesanía a la ciudad fabril. Transición de las relaciones sociales estructuradas por la familia extensa a la familia nuclear. Transición de rela-

ciones solidarias surgidas de lazos familiares a la solidaridad surgida en la fábrica y la comunidad. Transiciones todas que coinciden en el tiempo y marcan el primer periodo de formación de la clase obrera en México. Natural es pensar que no se trata de una simple correlación por su coincidencia en el tiempo; la interrelación de estas fases en la vida y la familia obrera es intrincada. Su carácter específico queda como pregunta abierta a nuevas investigaciones que quieran abordar la complejidad de este proceso.

El sindicalismo de uno y otro periodo presenta diferencias claras. Los sindicatos anteriores a 1940 en su mayoría son organizaciones de resistencia. Se caracterizan por recurrir a la acción directa, se adhieran o no a la corriente anarquista que postula esta forma de resistencia como única. Los sindicatos después de 1940 no presentan ni una ni otra característica. Más que resistencia buscan acomodo, prefiriendo la negociación a la disrupción de la producción. Los primeros sindicatos son representantes de los obreros; los segundos son mediadores entre obreros y patrones u obreros y estado. Para entender el paso de un periodo a otro habría que entender qué condujo a estos cambios.

Muchas podrían ser las vertientes de investigación a seguir. Una de ellas debe intentar relacionar la cuestión del salario familiar y la educación con las nuevas funciones sindicales. Nuestras impresiones sobre Río Blanco nos permiten aventurarnos en este terreno inexplorado.

La generación fabril que se incorpora al trabajo en los cincuenta cuenta con dos características importantes: posibilidad de educación superior para los hijos y estabilidad en el empleo. La particular significación de estas características se entiende una vez que vemos el ciclo familiar. Las unidades domésticas que se forman tienen, en sus primeros años, necesidades económicas serias debido al advenimiento de hijas e hijos. En estos años el salario familiar depende principalmente del padre. La esposa-madre funge principalmente dentro del hogar, aunque necesariamente em-

plea parte de su tiempo en trabajo remunerado que, por lo general, no la aparta del ámbito doméstico. En años posteriores la educación de los hijos va a absorber parte del ingreso pero también va a liberar a la madre para que emplee más tiempo en trabajo remunerado. Después, cuando hijas e hijos pueden trabajar y la condición económica es más desahogada, la madre puede dejar el trabajo y dedicarse a la administración del hogar. Al paso del tiempo, cuando los hijos e hijas se van, los padres entran en un nuevo ciclo de apuros económicos que generalmente coincide con la jubilación y la vejez.

Tres son los ciclos: de pobreza a holgura a pobreza. La educación, sin embargo, puede aminsonar las carencias del tercer ciclo y aumentar la holgura del segundo.²⁴ La realización de esta posibilidad requiere de estabilidad política en la comunidad obrera y de seguridad en el trabajo. Nuestra hipótesis es que la nueva función mediadora de los sindicatos arroja precisamente estos resultados. Mientras la familia mantiene su unidad salarial, el equilibrio alcanzado por ésta no se rompe, ya que este salario permite la reproducción.

En este periodo, como en el anterior, observamos coincidencia en el tiempo familiar y en el tiempo histórico. Ahora los nuevos factores son: el renovado crecimiento económico que transforma la producción,²⁵ el nuevo sentido de las organizaciones sindicales, la institucionalización y estabilidad estatal, la ampliación de servicios

sociales y de los sectores terciarios de la economía y la renovada migración campo-ciudad. Por otro lado, los factores que delimitan la estructura y fluidez de las relaciones familiares están constituidos por: el predominio de la familia nuclear como unidad salarial, la educación como estrategia familiar para resolver los problemas de clase, los ciclos de la economía familiar, los movimientos de entrada y salida de las mujeres a la fuerza de trabajo. Al igual que en el periodo anterior, las coincidencias no son fortuitas. Investigaciones venideras tendrán que desarmar el entramado social para explicar las interrelaciones apenas aquí vislumbradas.

Quedan muchas preguntas sin respuesta. Hemos visto que la función económica de la familia en las clases subalternas y el papel de la mujer dentro y fuera de ella difiere según la estructura socioeconómica. La complejidad de los problemas que abre esta conclusión es, de primera impresión, apabullante. Los autorretratos aquí presentados, sin embargo, ofrecen una entrada. En ningún momento hicieron estas mujeres cortes tajantes en su relación de lo que fue su vida familiar y de trabajo. Al ir desenredando la madeja de su vida, fueron mostrando como estos elementos definieron su experiencia de clase. Así, nosotros podemos tomar las categorías de esta experiencia —mujer, familia, trabajo, clase— para bordar el patrón de una historia de mujeres y, también, los intrincados patrones de la clase obrera en México.

1 Carmen Ramos Escandón, "Peones, bueyes, sacos de maíz pero no mujeres", *Fem*, núm. 11, nov-dic, 1979, p. 17. Este ensayo no puede ofrecer ni respuestas ni conclusiones definitivas puesto que se basa en evidencia particular y la literatura sobre las mujeres en México es aún escasa. La intención es continuar una discusión que ha sido ya abierta. Ver, por ejemplo, los trabajos citados por Ramos; Mary Goldsmith, "Trabajo doméstico asalariado y desarrollo capitalista", *Fem*, núm. 16, sept-enero, 1980-81, pp. 10-20; Lourdes Arizpe, *Indígenas en la Ciudad de México: el caso de las Marías*, México, Sep-Setentas Diana, 1977; Helen Shapiro, "The many realities", *NACLA*, núm. 5, sept-oct. 1980, pp. 2-13; Ann Pescatello, ed., *Female and Male in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1973; Virve Pihho, "La Obrera Textil", *Acta Sociológica*, núm. 4, UNAM, 1974.

2 La elaboración de este trabajo fue en mucho motivada por la lectura de Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1978, quienes elaboran los conceptos de economía familiar de producción y economía familiar salarial. También fue muy útil el ensayo de Tamara K. Hareven, "Family time and industrial time", *Journal of Urban History*, núm. 1, 1975, pp. 365-389 quien estudia diferentes concepciones de tiempo y su importancia para el estudio de la familia. Ver, también, Tamara K. Hareven, "The history of the family as an interdisciplinary field", *Journal of Interdisciplinary History*, núm. 2, pp. 399-414; Alice Kessler-Harris, "Women's Wage Work as myth and history", *Labor History*, núm. 2, 1978, pp. 287-307.

3 No presentamos aquí los textos completos que fueron elaborados por sus autoras para el Taller de Historia Local, entre abril y septiembre de 1983. Los nombres de las autoras son: Osbelia Araujo de Jurado, Lourdes Cabrera de Terrazas, Gudelia Hernández de Castro, Yolanda Ortega de Acuña, Ernestina Ramírez Romero.

4 Ver Tilly y Scott, *op. cit.*, p. 4-8 y Sydel Silverman, "The life crisis as a clue to social functions", *Anthropological Quarterly*, núm. 40, 1967, pp. 127-138.

5 Ver la discusión sobre este punto en Goldsmith, *op. cit.*, pp. 14-15; ver también el muy sugerente ensayo de Joan Kelly, "The doubled vision of feminist theory: a postscript to the 'women and power' conference", *Feminist Studies*, núm. 2, 1979, pp. 216-227.

6 Para mayores detalles de la migración al valle de Orizaba, ver Bernardo García Díaz, *Un Pueblo Fabril del Porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, México, Fondo de Cultura Económica-SEP/80, (Colección SEP/80, 2), 1981.

7 Sobre periodización de generaciones, ver T. H. Hollingsworth, *Demografía Histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 321-334. Luis González y González utiliza los periodos de 14 años para marcar el principio y el fin de cada generación, ver *Pueblo en Vilo*, México, Colegio de México, 1968, pp. 11, 75-77.

8 No de manera exacta, ya que Ernestina nació en 1912 y Yolanda en 1949. Ya hemos apuntado algunas de las particularidades que resultan de esta divergencia en edades. La similitud entre Ernestina y las otras mujeres apunta hacia la existencia de un grupo entre la segunda generación más asimilado a la vida urbana y fabril. La similitud entre Yolanda y sus compañeras, que

son mayores, sugiere que los cambios de los que tratamos se afianzan en la cuarta generación. "Entrevista de Gerardo Necochea con Blanca Aída Terrazas Cabrera", Río Blanco, mayo 1983.

9 Para la familia campesina, ver Julio de la Fuente, *Yalalag*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1949; Doren L. Slade, "Status marital e identidad sexual: la posición de la mujer en la sociedad campesina mexicana", en Olivia Harris y Kate Young, eds., *Antropología y Feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979, pp. 181-204; E. Wolf, *Campesinos*, Barcelona, Labor, 1978; A. Chayanov, *La Organización de la Unidad Económica Campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974; Teodor Shanin, ed., *Peasants and Peasant Societies*, Middlesex, England, Penguin Books, 1971, pp. 21-80.

10 Julio de la Fuente describe la muy diferente y abrupta manera en que una niña campesina se convierte en mujer: "Las niñas de once años son retiradas de la escuela y recluidas en casa, conforme a un antiguo patrón comarcano que subsiste más reciamente en Yalalag. . . Con muy escasas excepciones, los padres proceden al 'encierro' de las doncellas, restringiendo su vida pública. . . El casamiento . . . es asunto que se resuelve por los padres y pocos familiares muy cercanos. Al darse pasos para realizarlo, se está buscando que dos familias no emparentadas lleguen a ser 'una'. Hombres y mujeres deben casarse cuando han llegado a su desarrollo biológico y físico conveniente. . . Ya no se casa a las doncellas de 12 a 14 años con varones de 14 y 15, y se acata la ley estatal casándose a las primeras cuando ya tienen 16 años con varones de 18 a 21", *op. cit.*, pp. 182-3, 190-1.

11 "Entrevista del Taller de Historia Local a Altigracia Ramírez", Río Blanco, julio 1983; "Entrevista de Gerardo Necochea con Blandina Terrazas Vda. de Cabrera", Río Blanco, junio 1983; "Entrevista de Gerardo Necochea con Elodia Gordillo Contreras", Río Blanco, julio 1983; también los hombres que entran a trabajar en la fábrica presentan un patrón similar de supervisión por parte de parientes, como lo demuestran las entrevistas realizadas durante el "Primer Foro de Jubilados", evento organizado por el T.H.L., Río Blanco, 27 mayo 1983; ver Tilly y Scott, *op. cit.*

12 Ver Virve Pihho, *op. cit.*, pp. 40-41.

13 Carmen Ramos, *op. cit.*, pp. 22-23; Josefina Vázquez, "De encomenderos, colonizados y otros animales de razón", *Fem*, núm. 11, 1979, pp. 5-11; ver también Luis Vitale, *Historia y Sociología de la Mujer en América Latina*, Barcelona, Fontamara, 1981.

14 Tilly y Scott hablan de la importancia de esta continuidad en "Women's work and the family in nineteenth-century Europe", *Comparative Studies in History and Society*, núm. 17, 1975, pp. 36-64.

15 Sobre este punto, ver Julio de la Fuente, *op. cit.*; May N. Díaz, *Tonalá*, Berkeley, University of California Press, 1966; William I. Thomas y Florian Znaniecki, "A Polish peasant family", en Shanin, *op. cit.*, pp. 23-29; Paul Friederich, *Revolución Agraria en una Aldea Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979. Hasta no contar con estudios sobre las comunidades de las que salen los migrantes a Río Blanco, la discusión sobre los patrones de relaciones familiares tiene, por necesidad, un carácter teórico.

16 Ver García Díaz, *op. cit.*; Virve Piho, *op. cit.*; y Mario Camarena, B. García Díaz y G. Necochea, "La Acción directa y los obreros textiles en los veinte", de próxima publicación.

17 Tilly y Scott, "Women's work..." *cit.*, pp. 47-50; el ya citado artículo de Doren Slade trata precisamente este punto.

18 Esta conclusión se desprende de repetidas pláticas con las autoras y con compañeras de ellas durante la realización del proyecto del Taller de Historia Local. Los ya citados trabajos de Tilly y Scott reafirman esta conclusión.

19 Chayanov y Wolf describen con detalle la economía familiar de producción y reproducción; Tilly y Scott describen el surgimiento de la economía familiar salarial en "Women's work..."

20 Ver T. Hareven, "Family time and industrial time", *op. cit.*

21 Roger D. Hansen, *La Política del Desarrollo Mexicano*, México, S. XXI, 1971, pp. 41-43.

22 Una discusión de este proceso para los trabajadores textiles se encuentra en Camarena, Díaz y Necochea, "La Acción directa..."; ver también los ensayos aquí reunidos, que problematizan algunos aspectos del periodo.

23 En México nos falta aún pormenorizar la complejidad de este proceso, tal como E. P. Thompson lo ha hecho en *La For-*

mación de la Clase Obrera en Inglaterra, Barcelona, Laia, 1977. Trabajos sugerentes para abordar las peculiaridades del caso mexicano son Gastón García Cantú, *El Socialismo en México. Siglo XIX*, México, Era, 1969; John Hart, *El Anarquismo y la Clase Obrera Mexicana, 1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980; Hamza Alavi, *Las Clases Campesinas y las Lealtades Primordiales*, Barcelona, Anagrama, 1976; Sidney Mintz, "A note on the definition of peasantries", *Journal of Peasant Studies*, núm. 1, 1974, pp. 91-106.

24 Siguiendo este razonamiento, podríamos hablar de la educación como ejemplo de la planificación a largo plazo de los obreros. No es lo mismo una lucha por cambios departamentales que una inversión a largo plazo para resolver la condición individual de clase. Los obreros entrevistados hablan en repetidas ocasiones de la importancia de la educación. Ver Ana Laura Delgado R., "La construcción de la Escuela América en Santa Rosa, Veracruz", ponencia presentada en el primer Encuentro de Historia del Movimiento Obrero, CEHSMO, Xalapa, Ver., 1978.

25 En la industria textil se inicia la introducción de nueva tecnología entre los años cuarentas y cincuentas; las características de esta modernización no se han estudiado. Hay que señalar también una nueva política de inversión extranjera, que se inicia en los años de posguerra y que va a afectar el crecimiento económico en tanto que está dirigida no a la extracción de materias primas sino al establecimiento de plantas industriales, problema también poco estudiado.

